

# Somos parte y entraña de una civilización en decadencia

BERNARDO GAITAN MAHECHA\*

---

Vivimos, una época de crisis. Este aniversario nos sorprende en medio de una honda transformación de las instituciones, no solamente en el plano nacional, sino también y en mayor grado en el plano internacional. Las predicciones que en su tiempo hiciera Ortega y Gasset en su libro *La rebelión de las masas* se cumplen casi que con inexorable exactitud. Insertos en un mundo velozmente cambiante nos ha tocado cabalgar sobre el lomo de olas encrespadas que no dan sosiego ni reposo para meditar y para filosofar. Ya no hay tiempo para que las normas tomen asiento y se proyecten, con la firmeza de otros días. La conciencia jurídica cuyo producto mejor siempre fue la doctrina firme y lentamente cambiante, está ahora sometida al ritmo veloz de lo fortuito, lo inesperado y lo transitorio. —Y ha sido cuestión de pocos años. Sin equivocaciones, en materia jurídica, eso es lo que ha caracterizado al siglo veinte cuyas postrimerías, nos ha tocado vivir.

La verdad es que somos parte y entraña de una civilización en decadencia.

Los estigmas de su ocaso son claramente visibles, por más que los optimistas del análisis se empeñen en ocultarlos con valoraciones objetivas de la temporalidad existencial. Y es que el declive de una civilización no se descubre por las transformaciones en el campo

---

\* Jurista, exdecano de la Facultad de Derecho de la Universidad Javeriana, exalcalde de Santafé de Bogotá, exministro de Justicia, miembro de la Academia Colombiana de Jurisprudencia.

económico, ni mucho menos desaparece por el ascenso de la tecnocracia; las civilizaciones perecen porque los conceptos sociales, filosóficos y políticos cambian. Si es cierto que existe en la actualidad un progreso técnico cuyo ritmo es cada vez más creciente, al mismo tiempo las masas plantean nuevos problemas que gravitan sobre los destinos políticos y sobre la suerte de la civilización.

La aparición de una nueva fase ocurre cuando adviene el empuje decisivo de las fuerzas populares, canalizado por el pensamiento creador de los hombres con mentalidad nueva. Así ha ocurrido siempre. Los historiadores nos entregan como símbolo de civilización la ciudad griega y nos enseñan cómo ella sucumbió ante el empuje de la revolución Socrática y el socialismo de Platón. Y Roma perece cuando sus clases dirigentes fueron cada vez más absorbidas por el Estado, ajenas a la realidad social que no era otra que los rebaños de esclavos orientales, la ruina de la clase media y las legiones de soldados proletarios. Dentro de las crisis intermedias de cada civilización se ha evidenciado el mismo fenómeno, siempre afirmado por el choque de una oligarquía dominante y de una clase media arruinada, cuando no un pueblo llano o bajo, miserable y hambriento.

Valga como testimonio el momento histórico en que comienza a producirse la transformación que culmina con la crisis del régimen feudal, para coincidir con el advenimiento de la época moderna, que se sucede con el fortalecimiento de la autoridad real y el nacimiento del capitalismo mercantilista. La ciudad, la naciente burguesía y el orden económico que toma nuevos rumbos, dan por tierra con la civilización feudal, en medio de una lucha profunda entre la casta dominante que no acaba de ceder sus terrenos a la marea humana, o explosión demográfica, para emplear la terminología contemporánea.

Eran tiempos de una profunda crisis espiritual, de un gran desorden social y de un hondo caos económico.

Nuestros tiempos también son calamitosos. Ya no es el señor feudal, ni su sucesor, el Rey Absolutista. Ahora es el Estado. Un estatismo absorbente. Un Estado gigante, que tiende cada vez más a dirigirlo todo sin concierto, y cuya burocracia acabará por devorarlo y destruir sus instituciones. Hoy, el Estado interviene en todo y éste es un hecho no solamente nacional, sino mundial; la opinión es dirigida y controlada; toda actividad del hombre intervenida,

con la secuela de que al final nada es realmente orientado y el hombre es así una marioneta, llevada y traída, ora por el impulso natural de sus instintos, de su razón o de sus convicciones, ora por el Estado que le impone una complicada trama de conceptos y de formas. De un lado una civilización que ha sido formada dentro de una concepción liberal de la economía y de otro, un Estado que es absolutamente antiliberal en lo económico, pero que sigue siendo liberal en lo político. Un Estado que tiene que habérselas con el dilema de respetar la libertad individual, pero que en cuanto hace a lo económico debe limitarla por todas partes. Al hombre contemporáneo se le ha creado así una mentalidad curiosa: un tanto crédulo y un tanto incrédulo. Con criterio individualista se enfrenta a la socialización en todos los aspectos; sin entender el fenómeno se resiste a la evidencia que le lleva a nuevas formas de vida. Por todas partes observa que la economía no tiene sentido como un fenómeno individualista, pero se asila en los viejos moldes capitalistas. Entre los que algo tienen y los que nada tienen está así planteado el conflicto; los primeros para conservar un estado de civilización que consiste en el poderío económico al cual pertenecen, y los segundos para menoscabar esa situación, destruyendo los valores éticos sobre los cuales ha caminado la civilización occidental, como si en ello consistiera el defecto o el mal.

Falta en la dirección de los Estados la personalidad renovadora. Colombia no es una ínsula en el problema occidental. Si bien tiene sus propios y específicos problemas, terminará por aunarlos en totalidad a los de los pueblos congéneres. Cada día es más evidente la proximidad entre ellos. Esto se debe a la constante y permanente ruptura de los moldes desuetos, al declive inexorable de las nacionalidades. Poco a poco una conciencia universal de los valores se va imponiendo en la soterrada lucha contra las ideas que tradicionalmente han cerrado el paso al nuevo orden. De ahí el creciente auge de los convenios internacionales; la formación de comunidades entre naciones regidas por un orden jurídico obligatorio; naciones que por siglos fueron rivales y enemigas, en guerras que marcaron el modo de ser de sus pueblos. Atavismos que ahora han florecido al desaparecer la forzada atadura, a regímenes totalitarios como ha ocurrido al disolverse la URSS.

Por ahora, la aristocracia antigua o reciente "sólo tiene muy raramente conciencia de una tarea nacional en favor del bien común", y "las clases medias y burguesas en ascensión se colocan también dentro de las mismas perspectivas ambiciosas de ganar más en lugar

de ayudar al pueblo a progresar con ellas. Si pusieran su competencia y su abnegación al servicio de esta gran causa nacional, estas clases recientes podrían ayudar mediante un esfuerzo bien concebido, a triunfar de la miseria y a adquirir gradualmente una prosperidad general" (*Estudio sobre las condiciones del desarrollo en Colombia - Misión, Economía y Humanismo*—). André Pietre lo testimonió en su obra *Las tres edades de la economía*: "Desde Solón, el secreto de las grandes renovaciones sociales está en haber conjugado el crecimiento popular con la generosidad de las "élites renovadoras".

Y es que no es solo forzoso, sino urgente, establecer un cambio en la manera de ser del comportamiento cultural de las clases, si realmente pretendemos un ascenso, un impulso decidido en el desarrollo nacional. Culturalmente somos un pueblo individualista; ello se descubre observando el complejo de conceptos, conocimientos, hábitos y capacidades del hombre colombiano; pero fundamentalmente en la manera de ser de nuestras instituciones y en la forma de comportarse la clase dirigente.

Las ideas rectoras de nuestra sociedad desde el punto de vista jurídico, fueron la importación del más crudo individualismo a través del cual se frustró todo el espíritu de la revolución de independencia.

Naturalmente el individualismo no solamente tiene que ver con la propiedad; es al mismo tiempo una actitud ante la vida; cala también en la calificación de la perspectiva ambiciosa de las clases media y burguesa de ganar cada vez más, de acumular más, de poseer hasta el infinito bajo el amparo de instituciones jurídicas que se lo garantizan, protegen y defienden. El gran choque o conflicto determinante del espíritu revolucionario de nuestras nuevas generaciones reside en este hito; pero ni los que presionan la revolución, ni los que tratan de atajarla, han comprendido que es indispensable que canalicen los primeros el esfuerzo hacia una estabilidad de la estructura jurídico del país, y los segundos, que no se asilen en los moldes jurídicos desuetos detentando todo el poder económico, y determinando la concentración de la riqueza y los monopolios en todos los órdenes. Hasta en las comunicaciones que son hoy patrimonio y de los más preciados de la sociedad.

Culturalmente en todos los órdenes estamos trascendidos de individualismo. Temperamentalmente agresivo el colombiano se mata porque no tiene sentido de la convivencia.

En el fondo carecemos de una sólida tradición. No tuvimos tiempo de asentar una cultura, ni de crear un hábito económico, que coetáneo con aquella discurriera por el camino del progreso dentro del sistema del ensayo y del error, que hace la experiencia de los individuos y de los pueblos. Todo lo hemos intentado: hemos sido colonia y abruptamente independientes, para caer en manos de otros amos; aún no habíamos terminado de ser independientes, cuando ya estábamos discutiendo sobre la mejor manera de ser del Estado: si centralista o federalista; después los colombianos se pelearon por ser los unos clericales y los otros anticlericales, liberales éstos, conservadores aquellos; y hasta por querer atacar los unos y defender los otros el derecho al libre porte de armas que todos éstos fueron los móviles de nuestras setenta guerras civiles.

Pero sea también oportuno recordar que las injusticias no surgen únicamente de la entraña de la nacionalidad ni de sus hombres; también nos llegan desde fuera. Si en el histórico debate entre Las Casas y Sepúlveda, que el historiador Hanke ha investigado profundamente, el segundo exhibía las condiciones de incultura, de atraso y de barbarie para justificar la guerra y el exterminio, Las Casas “tenía fe en la capacidad de todas las gentes para civilizarse”, y, no creía “en una barbarie estática y sin esperanza, sino en la movilidad social”. Predicaba que el dominio por medios pacíficos era más civilizador que la fuerza y la guerra. Era el preámbulo del reconocimiento anticolonialista y que aún no ha desaparecido del mundo. Que si ha dejado de actuarse bajo la forma del ejercicio del poder desde la metrópoli, se mantiene en la explotación económica bajo aparentes formas de libertad y mediante las modernas formas de la intervención de los poderosos organismos policíacos y financieros. El tratamiento injusto directo, por el tratamiento injusto indirecto. La condición de socio minoritario en una empresa occidentalista, olvidando que tenemos, como lo ha probado el historiador Hanke, “una historia común”; pero lo que es más importante, un destino común. No sería impropio recordar en torno a esto con Silva Herzog, que

las semillas de la inconformidad y de la rebeldía han sido esparcidas en el tiempo y en el espacio, en todas las épocas y en todos los climas. Lo mismo en Judea que en Grecia y en Ro-



ma; lo mismo en las ciudades italianas de la Edad Media que en las ciudades alemanas de la misma época histórica; lo mismo en la Inglaterra de principios del siglo XVI, en la Francia del siglo XVII que en la España del siglo XVIII; lo mismo a través de todo el siglo XIX que en lo que va corrido del XX. Siempre inconformidad, siempre rebeldía, consecuencias inevitables de la injusticia social. (*Historia del pensamiento económico-social de la antigüedad al siglo XVI*).

Claro que estamos llenos de la posibilidad de expresarnos y de hablar. Pero acaso en esto reside uno de nuestros grandes problemas. Recordemos al viejo Galileo arrodillado ante el Tribunal de la Inquisición, abjurando de la teoría copernicana, que hizo posible la física moderna, la más grande aventura del pensamiento. Pensamos si acaso más vale para el hombre verse un poco reducido en las épocas de crisis, ante una ideología cerrada y dominante a la cual tenga que enfrentarse con todas las fuerzas de su habilidad y de su astucia para imponer la verdad. El reto de la censura hace más viable y más precisa y más fructífera la rebeldía que la apertura al vacío del hombre que deja su idea, en la benévola sonrisa del destinatario. Si las civilizaciones se hicieron y surgieron como producto del reto que les fue propuesto a los pueblos desde afuera, tal vez el hombre pueda salir a la nueva aurora comprometido más, ante el enemigo de su libertad y de su derecho.

Pero debemos recordar con Ortega que,

Todo entrar en algún sitio, todo salir de algún recinto es un poco dramático; a veces lo es mucho; de aquí las supersticiones y los ritos del umbral y del dintel. Los romanos creían en dioses especiales que presidían a esa condensación de enigmático destino que es el salir y es el entrar. Al Dios del salir llamaban Abeona, al Dios del entrar llamaban Adeona. Si, en vez del Dios pagano, decimos con un vocablo cristianizado, patrono, nada puede parecer más justificado que hacer a Galileo patrono abeona en nuestra salida de la modernidad, patrono adeona de nuestro ingreso en un futuro palpitante de misterio. (*En torno a Galileo*, Revista de Occidente).

En las postrimerías de este siglo XX bueno es también que echemos una mirada a lo que él ha sido; sus luces y sus sombras.

Este ha sido el siglo de la lucha entre la paz y la violencia, vividas como nunca antes con toda intensidad. Este, el siglo que pasará a la historia como el de las dos más grandes y crueles guerras mundiales; el siglo de la bomba atómica con sus horrendas masacres de Hiroshima y Nagasaki; de la guerra de Vietnam, donde se puso a prueba toda la maldad del Estado, reclutando jóvenes para enviarlos a perecer bajo la ignominia de la confrontación inacabable y sin sentido; el siglo de las atroces dictaduras de Stalin, Hitler y Mussolini que le mostraron al hombre su capacidad pasmosa de ser sometido; el siglo de los cinco millones de seres humanos asfixiados en las cámaras de gas; el siglo donde la demoníaca ilusión del consumismo extendió el dominio de la droga como diosa de la liberación; el siglo de Guernica inmortalizada en el cuadro de Picasso cuando la cruel guerra española hizo pasto de una nación venida a menos, y que inspiró al autor de *Por quién doblan las campanas*; el siglo del sida; de la abominable discriminación racial y social; de la dictadura del proletariado, que ha dado paso a todos los caminos de la liberación y ha forzado la búsqueda de soluciones de justicia y de paz, y que explica a Mao Tse-Tung, y después la lenta marcha del continente asiático hacia la democracia; este, el siglo que más muertes, luchas fratricidas e injusticias deja para la memoria de los hombres; el siglo de Mandela, el líder negro prisionero durante 20 años por defender los postulados contra el apartheid en Africa del Sur; el siglo de las madres de la Plaza de Mayo, en Buenos Aires, marchando todos los días bajo el peso de su desoladora pesadumbre, clamando por sus hijos desaparecidos, y que se convirtieron en el símbolo de lo que es la lucha en América Latina, en la alienada confrontación de los que presionan el cambio y los que mantienen el *statu quo* o la tiranía; la Cuba de Castro, la Nicaragua de Somoza, el golpe de Estado, y la violencia crudelísima de la liberación. Este es el siglo de Biafra en donde millones de seres humanos mueren de hambre, mientras en otras latitudes sobran los alimentos y los bienes.

Pero ha sido también el siglo durante el cual el hombre ha logrado los más formidables avances tecnológicos y científicos, es el siglo en el cual el hombre puso los pies en la luna y abrió todos los caminos hacia las inimaginables rutas del espacio; es el siglo de la radio, el cine y la televisión; el siglo de los computadores, las prodigiosas máquinas con las cuales el hombre ha copiado el sistema de su memoria, multiplicando en forma infinitesimal su capacidad de recuerdo y de asociación; el siglo de la electrónica aplicada a las más variadas utilidades de la vida y de la ciencia. Es el siglo del Ma-

hatma Ghandi, el maravilloso hombre de la India que fue capaz de mostrar la práctica y los caminos de la no violencia para el logro de la libertad, la justicia y la paz; el siglo de Luther King, el apóstol de los negros enseñando con honda sabiduría desde las mazmorras de la cárcel de Birmingham y marchando en paz con sus millones de hermanos hasta las gradas del Capitolio en Washington; es el siglo de Teresa de Calcuta la inigualable mujer, santa en vida, que ha sido capaz de entregarse a la pobreza con la hondura escrita en el Sermón de La Montaña.

Es el siglo de Albert Schweitzer, el prodigioso médico que se entregó al servicio de la población negra en el Hospital de Lambarene en el Africa Ecuatorial Francesa; es el siglo de Teilhard de Chardin, el sabio jesuita, que hizo posible la antropología filosófica contemporánea; es el siglo de los existencialistas que transformaron la comprensión del hombre y del mundo e hicieron posible la pasmosa literatura de Albert Camus; es el siglo de Los Beatles que modificaron la concepción musical de la armonía y dejaron su más sobresaliente testimonio en la canción de John Lennon, "Imagine", que es una invocación universal a la no violencia, la justicia y la paz.

Es el siglo de Albert Einstein, el continuador providencial del genio de Ptolomeo, Copérnico, Galileo y Newton, que al formular la teoría de la relatividad abrió las puertas a la física contemporánea; es, en fin, el siglo de Sigmund Freud, quien con sus investigaciones señaló los caminos para penetrar en el misterioso subconsciente y ahondar en las esencias de la conciencia humana.

A dos años de cumplirse el primer centenario de la Academia y a 8 de finalizar el siglo XX, reflexiones como éstas no son del todo inútiles. En la alborada del primero de enero del dos mil uno de la Era Cristiana, muchos de los que aquí estamos ya no seremos; otros estarán continuando la tarea que la Academia silenciosa y dignamente cumple y ha cumplido en estos tiempos; y en la memoria de nuestros descendientes quedará, como quedó para nosotros el legado del pasado. El de este siglo XX será sin duda, el de una profunda crisis de los valores tradicionales, el de un formidable avance de la ciencia y de la técnica, y el de la apertura hacia una nueva concepción de la vida, del tiempo y del espacio.